

**Narrativa** El escritor mallorquín aborda la compleja construcción de la personalidad en estos cuatro relatos centrados en historias entre padres e hijos

# La armonía del caos

**J. A. MASOLIVER RODENAS**

**Luis Magrinyà**  
**Habitación doble**

ANAGRAMA  
312 PÁGINAS  
19 EUROS

Tras tres lustros de silencio en el terreno del relato, desde que en 1995 publicara *Belinda y los montros*, Luis Magrinyà (Palma de Mallorca, 1960) nos ofrece, en *Habitación doble*, cuatro novelas breves. Hay aquí el sabor de lo impercedero junto a la sensibilidad hacia lo contemporáneo —de la guerra de Irak a Ruiz Gallardón o Esperanza Aguirre, la reina del sainete, pasando por el caso de la niña desaparecida Madeleine— y un humor siempre presente pero de difícil definición, con un narrador que cuenta una historia y se la cuenta a sí mismo.

Hay una rica variedad temática si bien todos participan de un alienato común en torno a la identidad: cómo liberarnos de las personas que nos subyugan o cómo encontrar nuestra propia personalidad. Hay un finísimo pero visible hilo unitario: un pensamiento —y una escritura— que trata de ordenar el

caos sin perder la fascinación de lo caótico. Lo que explica que el último de los cuatro textos, “Paisaje invernal”, tal vez el más poderoso, antológico entre otros igualmente antológicos, sea una especie de ensayo o investigación en torno a un caso real, una interpretación psicológica y reflexiva latente en el resto del libro.

En casi todos ellos aparece la relación entre los padres, de los hijos con los padres o la muy distinta del padre y de la madre con el hijo criminal. Las madres suelen necesitar tratamiento psiquiátrico y toman pastillas, cuyas consecuencias culminan en el relato que cierra el libro.

Los centros dominantes son las relaciones humanas y “la sórdida lucha entre el espíritu y la ciencia”. Alteraciones mentales y enfrentamiento entre lo irracional y lo racional que definen el libro: “La unidad es esencial para el concepto del alma, que requiere una sede in-



tegra. Quizá por eso me rompa yo la cabeza rumiando formas de comunicar espíritus en las piezas sueltas, arrancadas, que guardo en mi caja”.

Nos enfrentamos a situaciones anómalas, cuando no límites. En “Diez minutos después”, la narradora escucha voces y, aunque no se considera loca, sí le interesa la locura. Dividido en dos partes, la primera tiene mucho de prólogo de todo el libro, como el último texto lo tiene de epílogo. Dos formas distintas de poner las cartas boca arriba, de establecer un puente entre el momento en que ocurrieron los hechos y el momento en que se narran, entre pensamiento y acción, entre lo especulativo y lo narrativo. Y es en la segunda parte donde encontramos lo narrativo. A la anómala relación entre Benjamín, de 26 años, y ella de casi 50, hay que añadir la de la madre de Benjamín, que se libera del marido gracias a una medicina amazónica: “vi formarse la cara de mi ex marido entre el vómito de la taza del váter (...), en el sitio donde le corresponde. En el lugar de las heces. Y no era nada asqueroso, de verdad; fue como si hubiera encontrado el sitio donde ponerlo”.

En los cuatro relatos hay una continua sensación de extrañeza, reforzada por las peculiares relaciones, por las dependencias (alcohol, las drogas, la familia, los objetos), por los escenarios en los que nos movemos, por “la lucidez de la locura”, en verdaderas y poderosas “aventuras del espíritu”. |

**Las alteraciones mentales y el enfrentamiento entre razón y sinrazón definen el libro**

**El mallorquín Luis Magrinyà**  
EMILIA GUTIÉRREZ